

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Efrem de Montellà, monje de Montserrat
28 de octubre de 2018
Jtr 31,7-9 / Heb 5,1-6 / Mc 10,46-52

Quizás el ciego Bartimeo, hermanos y hermanas, veía más de lo que pensaba... Él, a pesar de estar privado del sentido de la vista, supo ver que Jesús era el hijo de Dios. Porque, hay cosas que no se ven a través de los ojos. Podemos ver dos amigos, pero no podemos ver la amistad; y está allí. Podemos ver dos personas que se aman, pero no podemos ver el amor; y está allí. Y aunque el ciego Bartimeo no pudiera ver a Jesús físicamente, vio que era el Mesías, el «Hijo de David». Y eso precisamente es lo que Jesús más valoró: «tu fe te ha salvado», le dijo. Porque la fe es un don de Dios. Pero para que haga efecto debemos ser nosotros quienes luego le demos respuesta. Y él la dio, y lo pudo hacer en persona. Los cristianos que hemos venido después, hemos conocido a Jesús de otro modo. La puerta por la que hemos recibido la fe es el sacramento del bautismo. De hecho, antiguamente a este sacramento se le llamaba "el sacramento de la iluminación", porque a través de él Jesús podía curar nuestra ceguera espiritual. Pero el bautismo sólo es una puerta, y luego es necesario que nosotros hagamos el camino. Un camino, ¿hacia dónde? El antiguo pueblo de Israel hizo el camino hasta la tierra prometida. Fue un camino lleno de dificultades, pero el profeta Jeremías les recordaba en la primera lectura que la voluntad de Dios seguía siendo la de conducirlos « entre consuelos; los llevaré a torrentes de agua, por camino llano, sin tropiezos», y que era un destino al que todo el mundo estaba llamado, incluso los «ciegos y [los] cojos», refiriéndose a los que en la época eran los más pobres. Jesús también hizo un camino, hacia Jerusalén, donde se manifestó su gloria. Y todos nosotros hacemos camino hacia la Jerusalén celestial, allí donde está la plenitud del amor, allí donde Dios nos iluminará para siempre y viviremos felices en su presencia.

El camino no es fácil. Pero Dios nos ha puesto una ayuda para hacerlo, que es la eucaristía. La eucaristía es el paso de Jesús por nuestras vidas, es el lugar donde nuestro camino se cruza con el suyo. Así como Jesús pasó por el camino donde se sentaba el ciego Bartimeo, hoy pasa por el nuestro en esta celebración. Nosotros, desde nuestra fe, lo podemos invocar y podemos también escuchar su palabra. Reunidos en el nombre de Jesús, en su presencia, podemos orar a Dios con las mismas palabras del ciego: Señor, «ten compasión de mí», «que recobre la vista». Jesús, viendo la fe del ciego le devolvió la vista, y del mismo modo tiene la voluntad hoy de iluminarnos a nosotros. Nuestra fe en Jesús no se limita a que hiciera un milagro, o que tuviera unos "poderes" que nosotros no tenemos. Creemos en él porque este milagro es un signo de su luz, que nos guía en el camino que todos hacemos hacia la santidad.

Nuestras vidas dejan de ser las mismas cuando Jesús pasa y nos llama. El paso de Jesús por la vida de Bartimeo marcó un antes y un después: recobró la vista, y como consecuencia pasó de estar sentado a caminar con Jesús. En nuestros días son muchos los que aún viven al margen de la revelación cristiana, porque no la conocen o porque la rechazan. Y los cristianos debemos darles luz y esperanza, como hizo Jesús. Pero también todos nosotros somos ciegos si no sabemos ver los problemas que tenemos a nuestro alrededor, o nos comportamos de forma incoherente con nuestra fe. Como cristianos tenemos la responsabilidad de no quedarnos sentados junto al camino, limitándonos a lamentarnos de nuestros males. La segunda lectura, precisamente, nos hablaba del papel de los sacerdotes, que han de «representar a los hombres en el culto a Dios». Jesucristo es el único sacerdote de la Nueva Alianza, pero con el bautismo todos hemos recibido también de Dios el sacerdocio bautismal. Y como participantes de esta vocación, el evangelio nos pide que nos levantemos y

camínemos, que contribuyamos a eliminar la ceguera de nuestro mundo, y que trabajemos activamente por el bien común, para la edificación del Reino. Que la celebración de esta eucaristía nos ayude a ver qué podemos hacer para ser luz en el mundo.